
Cara y cruz de un viaje de ida y vuelta

Mario Jursich y Carlos Granés

Durante buena parte del siglo XIX, Colombia y España no mantuvieron relaciones diplomáticas. Uno de los artífices del restablecimiento del diálogo entre ambos países fue el poeta y viajero sevillano José María Gutiérrez de Alba (1822-1897). El 20 de septiembre de 1869, Gutiérrez de Alba dirigió una *Memoria-Exposición* al ministro de Estado, Manuel Silvela (1830-1892), en la que, por primera vez en medio siglo, se abordaba la espinosa cuestión de los vínculos futuros con las antiguas colonias americanas:

Hubo un tiempo en que nuestro orgullo consistía en decir que jamás dejaba de alumbrar el sol en los dominios españoles; hoy debemos aspirar a la realización más bella de esa frase, no por el derecho de la fuerza, sino por los vínculos de fraternidad y

amor entre pueblos que tienen un mismo origen, una misma civilización y unas mismas aspiraciones¹.

La exhortación –¿qué duda cabe?– caló hondo entre los responsables del gobierno provisional que se había hecho con las riendas de España tras la Revolución Gloriosa de 1868. Lo prueba que tres meses más tarde, Gutiérrez de Alba fue nombrado agente confidencial en la Nueva Granada y se le comisionó para «destruir los malos efectos causados por la guerra de emancipación, que aún tenía alejada aquella república del gran concierto de la familia española».

La misión, de carácter «oficial aunque reservado», tenía como objetivo inicial restaurar el comercio de libros entre la península y sus antiguas colonias, así como proponer una legislación pionera sobre los derechos de autor, pero su impacto fue mucho más allá. Durante un extenso periodo de quince años, el sevillano estrechó amistad con los miembros de las élites intelectuales y políticas, y llevó a cabo expediciones por diversos puntos de la geografía colombiana. Visitó la vasta planicie de los Llanos Orientales, recorrió los yacimientos arqueológicos de San Agustín, describió las minas de plata y oro del Estado Soberano del Tolima, retrató la exuberancia de los pájaros, frutas y flores de la Costa Atlántica, atravesó a caballo la serranía de Araracuara, recogió el vocabulario de sus tribus indígenas y se hizo ferviente defensor de que Colombia se convirtiera en una potencia agrícola. El resultado de aquel monumental esfuerzo fueron unos diarios de viaje, publicados en 2012 bajo el título *Impresiones de un viaje a América*, que documentan este nuevo acercamiento «fraternal» entre España y Colombia.

¹ En el siguiente enlace puede leerse una transcripción de la *Memoria-Exposición*: https://www.banrepcultural.org/impresiones-de-un-viaje/media/historias/5/memoria_expo_transcripcion.pdf

En la parte XIII de aquellos diarios, Gutiérrez de Alba menciona el que bien podría considerarse el primer logro de su arduo empeño: la fundación de la Academia Colombiana de la Lengua. Esta institución, la más antigua de su tipo en América, fue creada el 10 de mayo de 1871 por un grupo de escritores y lingüistas, entre ellos Rufino José Cuervo (1844-1911) y Miguel Antonio Caro (1843-1909), con el propósito de defender y promover el idioma español y, de paso, consolidar lo que desde entonces comenzó a llamarse hispanofilia (y, más tarde, hispanismo)². No por casualidad, Gutiérrez de Alba fue, junto con el académico madrileño Juan Eugenio de Hartzenbusch (1806-1880), uno de los primeros miembros correspondientes de la institución.

Los esfuerzos de Gutiérrez de Alba por reavivar los vínculos entre la antigua metrópoli y su excolonia dieron su fruto definitivo el 30 de enero de 1881, con la firma de un Tratado de Paz y Amistad entre España y Colombia. En él, ambas naciones expresaban su voluntad de «poner término a la incomunicación entre los dos Estados» y reafirmaban «los estrechos lazos» que debían unir a «los ciudadanos colombianos y a los súbditos españoles».

Para fortalecer ese nexo, el presidente colombiano Carlos Holguín Mallarino (1832-1894) ofreció a la reina regente de España, María Cristina de Habsburgo-Lorena (1858-1929), el Tesoro de los Quimbayas, que había sido expuesto en Madrid en 1892 con motivo del cuarto centenario del Descubrimiento de América. Aunque el gesto buscaba agradecer el fallo favorable de la reina en

² Por aquellos años, el término «hispanismo» tenía un significado restringido. Se entendía de la misma forma que en el siglo XVIII lo definía el Diccionario de Autoridades: «modo de hablar particular y privativo de la lengua española». Pero, a finales del siglo XIX, adquirió un tinte político, se convirtió en sinónimo de «hispanofilia» y terminó por designar a quienes apoyaban el punto de vista oficial de España en las disputas intelectuales. Véase Aldo Rufinatto, «Qué es el hispanismo», en la revista *Versants*, 2020, vol. 3, núm. 67, pp. 13-36.

un litigio fronterizo con Venezuela, muy pronto se convirtió en el símbolo no oficial de la reconciliación entre ambas naciones.

El Tratado fue ratificado por la Ley 67 de 1894³, que introdujo una modificación en el artículo 4 para evitar reclamaciones derivadas de viejos resentimientos («... no podrán exigirse responsabilidades por los daños, vejámenes o exacciones que los nacionales de uno de los dos Estados sufrieran en el territorio del otro»). Así, tras un distanciamiento de más de seis décadas, Colombia y España inauguraron una nueva era en sus relaciones bilaterales.

A partir de entonces, y con especial énfasis durante los años de la Hegemonía Conservadora (1886-1930), la imagen de España adquirió un papel central en los debates sobre la construcción de la identidad nacional. Para Miguel Antonio Caro, Colombia debía integrarse plenamente en la órbita del hispanismo. Este proyecto implicaba una estrecha alianza entre el Estado y la Iglesia, la adopción del catolicismo como elemento definitorio de la sociedad, el establecimiento del español peninsular como norma lingüística y la exaltación de los valores monárquicos, aristocráticos y caballerescos.

Todos esos puntos, en particular el de la sujeción a la norma lingüística española, suscitaron conflictos. En 1875, Caro atacó al escritor argentino Juan María Gutiérrez (1809-1878) porque éste había rechazado con amabilidad, pero también firmeza, el diploma de miembro de la Real Academia de la Lengua que acababa de recibir⁴.

³ El Tratado, ya modificado, puede leerse en el siguiente enlace: <https://www.suin-juriscol.gov.co/viewDocument.asp?ruta=Leyes/1618667>

⁴ Es una lástima que esa querella sólo sea conocida en España y Colombia entre los círculos de especialistas, pues es, sin duda, uno de los momentos clave de la vida intelectual americana. La polémica comenzó el 5 de enero de 1876, cuando Juan María Gutiérrez rechazó su designación como miembro de la Real Academia de la Lengua en una carta publicada en el diario *La Libertad* de Buenos

En 1892, la junta organizadora del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América decidió no invitar a Cuervo al primer Congreso Literario Hispano-Americano, pese a ser uno de los lingüistas más importantes del mundo, debido a sus duras críticas contra el Diccionario de la Real Academia de la Lengua y la Biblioteca de Autores Españoles, editada por Manuel Rivadeneyra (1805-1872)⁵.

Y en 1899 —para mencionar sólo tres incidentes de una lista mucho más extensa—, Cuervo se vio envuelto en una segunda

Aires. Aquella primera misiva, escrita con un tono cordial y amable, dio paso a un encendido debate epistolar primero con el hispanófilo agraviado, el periodista Juan Martínez Villergas, y posteriormente con algunos intelectuales de otros países, como Miguel Antonio Caro. Gutiérrez era muy consciente de que no se trataba de una disputa lingüística, sino de algo mucho más amplio. «Convenga usted —le decía a Villergas— en que la cuestión que ventilamos no es simplemente gramatical ni de academias: es cuestión social...». Para más información, consúltese Juan María Gutiérrez, *Cartas de un porteño*. Buenos Aires: Editorial Americana, 1942; y Guillermo L. Guitarte, «Cartas desconocidas de Miguel Antonio Caro, Juan María Gutiérrez y Ezequiel Uricochea», en la revista *Thesaurus*, 1962, tomo XVII, núm. 2, pp. 237-312.

⁵ La Biblioteca de Autores Españoles (1846-1880) fue el primer intento sistemático de editar con cierto rigor filológico y poner al alcance de un amplio número de lectores las obras maestras de la literatura española. Cuervo celebraba lo segundo, pero era lapidario en cuanto a lo primero: «El crédito de que hace algunos años gozaba la Biblioteca de Autores Españoles, que varias veces hemos citado, ha decaído muy notablemente desde que se han cotejado las obras que contiene con las ediciones originales. Muchos de sus volúmenes, y no de los menos importantes, son trabajos de cargazón, hechos, al parecer, sin otro esfuerzo que el de adquirir un ejemplar vulgar y darlo a la imprenta, sin recelar que pueda ser defectuoso y sin quebrarse los ojos para corregir los errores. No es raro, incluso, que el editor mismo se haya complacido en adular los textos. Esta colección será acaso de alguna utilidad para quienes quieran tener una idea general de nuestra literatura, pero en general no puede servir de base para estudios históricos sobre nuestra lengua» (véase Rufino José Cuervo, «Indicaciones para el trabajo crítico y análisis de la Biblioteca de Autores Españoles», en la revista *Thesaurus*, 1945, tomo I, núm. 1, pp. 11-19).

querella, esta vez con Juan Valera (1824-1905), por especular en el prólogo de un libro sobre la posibilidad de que el español hablado en América experimentara una transformación similar a la del latín al fragmentarse en las lenguas romances⁶.

Pero, al margen de las turbulencias provocadas por estas polémicas —que eran, como puede verse, una consecuencia de la intención de predominio político-cultural oculta tras la aparente preocupación de «limpiar, fijar y dar esplendor» al idioma castellano—, Gutiérrez de Alba tuvo la lucidez suficiente para darse cuenta de que, a lo largo de sus quince años en la Nueva Granada, el panorama político había cambiado y que el nuevo estado de las cosas favorecía al hispanismo.

Si en 1870, el año de su llegada, el país estaba sumido en diversos experimentos radicales, en 1884, cuando regresó a España, la situación había cambiado por completo. Los conservadores no sólo habían desplazado a los liberales del poder, sino que estaban desmantelando prácticamente todas las reformas introducidas por las Administraciones progresistas, especialmente en el ámbito educativo.

Por tanto, no es de extrañar que la primera de las cuatro migraciones españolas a Colombia entre 1886 y 1930 estuviera compuesta en su mayoría por religiosos. Sacerdotes y monjas que llegaron con el propósito de modificar los programas de estudio y consolidar el nuevo proyecto pedagógico de la Regeneración. En la práctica, esto hizo que la imagen de España quedara inevitablemente asociada, por un lado, con el catolicismo ultramontano y sus estructuras conexas —la monarquía, la sociedad estamental y la identificación entre Iglesia y Estado— y, por otro, con el culto a

⁶ Véase Enrique Santos Molano, «La polémica de Rufino José Cuervo con Juan Valera», en *Rufino José Cuervo: un hombre al pie de las letras*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2006.

una serie de personajes, hábitos y estereotipos fuertemente codificados por la tradición: la reina Isabel de Castilla, el almirante Cristóbal Colón, la afición por la zarzuela y los toros... (No se olvide que en ese primer flujo migratorio también llegó un considerable número de artistas vinculados al teatro, la música y la tauromaquia. Las compañías de variedades, los grupos de comediantes y las cuadrillas de toreros eligieron Colombia no sólo por las similitudes lingüísticas y culturales, sino también por la posibilidad de acceder a un público muy aficionado a las artes festivas de la península).

La segunda ola migratoria, en cambio, tuvo un origen mucho menos puntual. Si entre 1904 y 1913 aproximadamente dos millones y medio de personas salieron de Cataluña, Asturias o el País Vasco para, como se decía entonces, «hacer la América», a Colombia llegaron por esas mismas fechas no más de doscientos migrantes, en gran parte hombres solteros.

La mayoría no llegó directamente desde España. Casi todos hicieron antes una escala en Cuba, Argentina o Brasil, que fueron los destinos favoritos de los españoles para buscar fortuna en el otro lado del Atlántico a lo largo del siglo XX. Colombia nunca fue un país atractivo para los inmigrantes españoles ni para los inmigrantes en general, como lo demuestran las escasas cifras de las estadísticas.

Esa situación no cambió ni siquiera en 1910, el año en que la mayoría de las repúblicas latinoamericanas celebró simultáneamente su independencia y la reconciliación ideológica con la península. La aparente paradoja fue posible gracias a la atmósfera de concordia del Centenario y al instintivo temor al imperalismo anglosajón en expansión en el Nuevo Mundo, pero también gracias a los inesperados avances que el movimiento americanista español había logrado en pocos meses. Ese año, por fin, cobraron fuerza las exhortaciones que José María Gutiérrez de Alba había

hecho desde 1869 y que se volvieron ineludibles tras las pérdidas de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam en 1898.

En marzo de 1910, Rafael Altamira (1866-1951), el principal portavoz del movimiento americanista español, regresó a Madrid tras un periplo triunfal que había comenzado en Buenos Aires en julio de 1909. Durante ese viaje, no pasó por Colombia, pero dos años más tarde conoció en Bruselas, durante el Congreso Mundial de Paidología, al pedagogo bogotano Agustín Nieto Caballero (1889-1975). De la amistad entre ambos y de la asesoría brindada por Altamira al Gimnasio Moderno fundado por Nieto Caballero surgió, inesperadamente, el perfil que caracterizaría a la mayor parte de los inmigrantes o exiliados españoles en Colombia durante los años treinta.

(Dicho sea de paso: uno de los efectos más curiosos de la segunda ola migratoria desde la península fue que algunos de esos «navegados», como también se les llamaba, se convirtieron en pioneros del cine nacional. El cine llegó a España en 1896 y, el 11 de octubre de ese año, Eduardo Jimeno Peromarta (1846-1914) y su hijo, Eduardo Jimeno Correas (1870-1947), filmaron en Zaragoza la que se considera la primera película de la historia del cine español: *Salida de misa de doce del Pilar*.

Es indudable que algunos de esos inmigrantes ya estaban familiarizados con el novedoso invento, pues muy pronto se les encontró involucrados en aventuras fílmicas tanto en Colombia como en Panamá, que acababa de independizarse de Colombia. Por tanto, en sentido estricto, puede decirse que los inmigrantes españoles fueron los primeros en dejar una memoria visual en movimiento del país).

El comienzo de la República Liberal (1930-1942) cambió por completo el sentido de las tornas. Tras casi medio siglo de Gobiernos conservadores, el Estado adoptó una postura ligeramente más flexible respecto a la inmigración. Aunque las modificaciones fueron tímidas y respondieron principalmente a la necesidad de atraer

profesionales cualificados, esta pequeña apertura permitió la llegada de pequeñas tandas de inmigrantes blancos y el inicio de la tercera ola de la inmigración española en Colombia.

En este contexto, la Guerra Civil española de 1936 representó un punto de inflexión imposible de subestimar en la política migratoria y en la dinámica social del país. El conflicto dividió profundamente a la sociedad colombiana, que, como si se tratara de una guerra en territorio propio, se polarizó entre liberales, conservadores, marxistas, anarquistas y simpatizantes locales de Hitler y Mussolini. El fervor de las batallas libradas en la antigua metrópoli se trasladó a Colombia, donde cada facción tomó partido de manera apasionada.

Luis Eduardo Nieto Arteta (1936-1956), canciller de la Legación colombiana en Madrid al inicio de la rebelión, se declaró abiertamente republicano y se opuso a la España «teológica y monarquista, escorialuna y feudal» representada por el general Francisco Franco. Por el contrario, el poeta José Joaquín Casas (1866-1951), otro diplomático de la Legación, publicó apenas regresó a Bogotá un poema en el diario *El Siglo* que concluía con las palabras: «ese turbión de sangre y de inmundicia / que llaman la República Española»⁷.

Así se instaló en suelo colombiano la vieja polémica de «las dos Españas», un tema que había recorrido el pensamiento español desde el siglo XVIII y que, por los azares de la guerra, inauguró un nuevo capítulo en las tierras al otro lado del Atlántico.

Para la Administración liberal, empero, esta fractura no supuso una oportunidad, sino un desafío todavía mayor. Aunque la

⁷ Ambas citas están incluidas en la excelente antología *Colombia y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*. Introducción, estudio y edición de Celia de Aldama Ordóñez. Barcelona: Calambur Editorial, 2021. En el mismo libro se analiza el enorme impacto que tuvo en la opinión pública colombiana el asesinato de Federico García Lorca.

simpatía y admiración por el Gobierno republicano de Manuel Azaña (1880-1940) eran innegables, los distintos cancilleres, en particular Luis López de Mesa (1884-1967), debían considerarlo una cuestión delicada: al ofrecer refugio a quienes se veían obligados a salir de España, se corría el riesgo de abrir las puertas a lo que él denominaba «elementos indeseables»: anarquistas, bolcheviques, comunistas, en suma, «rojos republicanos».

El presidente Alfonso López Pumarejo (1886-1959) fue el primer dirigente en comprender la importancia de acoger a los exiliados de la Guerra Civil española uno por uno. Después de todo, esos hombres y mujeres poseían la formación y las habilidades necesarias para alcanzar los principales objetivos de lo que él denominó al inicio de su mandato como la «Revolución en marcha».

Sin embargo, fue su sucesor, Eduardo Santos Montejó (1888-1974), quien capitalizó tales ideas. A partir de 1938, tras asumir la presidencia, Santos aplicó una política inmigratoria selectiva con el propósito de invitar a un reducido grupo de políticos, académicos y científicos españoles para colaborar en el fortalecimiento de la República Liberal. De ese modo llegaron a Bogotá y otras ciudades del país personas que, a diferencia de sus compatriotas de las dos primeras olas inmigratorias, se destacaban por su elevada preparación intelectual y porque, en más de un caso, habían ocupado puestos importantes en el Gobierno republicano.

Este fenómeno imprimió un sello distinto al concepto de hispanismo. Mientras que los conservadores colombianos lo entendían como seguir la estela de la España católica, monárquica y feudal, los liberales lo interpretaban de manera opuesta: como acogerse a una España democrática, ilustrada, moderna y secular. Un dato revelador de esta diferencia es que, durante los años treinta, prácticamente no hubo inmigración de sacerdotes ni de monjas en Colombia.

Las universidades y las instituciones culturales colombianas aprovecharon la inmigración española para crear cátedras en las que los recién llegados pudieran compartir sus conocimientos. Los Gobiernos de López Pumarejo y Santos les asignaron cargos en la Universidad Nacional, la Escuela Normal Superior y algunas dependencias gubernamentales que, gracias a su contribución, lograron consolidarse.

La educación fue, por lo tanto, el principal ámbito de actuación de los exiliados españoles durante la República Liberal. Pero (y esto debe destacarse) los exiliados no se limitaron a impartir clases. También diseñaron nuevos planes de estudio, fundaron facultades hasta entonces inexistentes, crearon múltiples departamentos universitarios e introdujeron materias que no figuraban en los antiguos programas. Muchos de ellos pertenecían a la vanguardia pedagógica europea y lograron aclimatar en Colombia la influencia del krausismo introducido por Francisco Giner de los Ríos en la Institución Libre de Enseñanza de Madrid, así como las enseñanzas de Jean Piaget en la Escuela Nueva de Ginebra, de Ovide Decroly en la École d'Enseignement Spécial de Bruselas y de María Montessori en la Casa dei Bambini de Roma.

La cuarta y última etapa de la inmigración española, que tuvo lugar entre el final de la Segunda Guerra Mundial y los primeros años sesenta, trasciende a los personajes incluidos en este número de la *Revista de Occidente* (una publicación que, no se olvide, nació en 1923 con una clara vocación americanista). En ella también influyeron factores como la penuria económica y la falta de libertades civiles en la España de la época, la España del general Franco. Sin embargo, lo más llamativo es que, de formas muy diversas, estos nuevos inmigrantes prolongaron la labor de sus predecesores.

La exploración del yacimiento arqueológico de San Agustín, iniciada por Gutiérrez de Alba entre diciembre de 1872 y enero de 1873, continuó en 1938 con el trabajo del arqueólogo José Pérez

de Barradas (1897-1981) y, apenas unos años después, en 1943, con el del escultor vasco Jorge Oteiza (1908-2003). De manera similar, la función formativa que las compañías de teatro y zarzuela desempeñaron en Bogotá y Medellín a finales del siglo XIX fue retomada, medio siglo después, por profesores de arte dramático como José María de Mena (1923-2018), Enrique de la Hoz o Fausto Cabrera (1924-2016), quienes renovaron la escena teatral y contribuyeron decisivamente a la formación de los actores de la incipiente televisión colombiana.

Y, en una línea de continuidad aún más inesperada, los sacerdotes bandoleros de la Guerra de los Mil Días, como Ezequiel Moreno (1848-1906) y Manuel Ignacio Santa Cruz (1842-1926)⁸, encontraron su eco en los curas aragoneses que, en 1964, participaron en la fundación del Ejército de Liberación Nacional. Todavía hoy resulta asombroso que José Antonio Jiménez Comín (1935-1974), Domingo Laín Sáenz (1940-1974) y Manuel Pérez Martínez (1943-1998) coincidieran en 1955 en el seminario menor de Alcorisa, que fueran juntos a estudiar filosofía en Zaragoza, que acabaran llegando a distintas ciudades de Colombia y que murieran como guerrilleros en las selvas del centro y el nororiente del país entre 1974 y 1998.

⁸ Moreno llegó a Colombia en 1888 para liderar una misión evangélica en la selva del Casanare. Con el respaldo de Miguel Antonio Caro, fue nombrado obispo de Pasto en 1896. Dos años más tarde, escribió una carta pastoral titulada *O con Jesucristo o contra Jesucristo. O catolicismo, o liberalismo. No es posible la conciliación*. En ella defendía el derecho de los sacerdotes a participar en política y casi autorizaba el asesinato de personas que no fueran conservadores. Después de ser un peligroso guerrillero carlista y exiliarse en Londres, Santa Cruz reapareció en la ciudad de Pasto en 1899, quizás con la ayuda de Moreno, y dedicó los veinticinco últimos años de su vida a defender a los indígenas de la zona. No hay pruebas de que Moreno y Santa Cruz participaran como militares en la Guerra de los Mil Días, pero sí de que actuaran como estrategas e ideólogos.

La cruz de la moneda, igualmente compleja, afortunada y valiosa, ha sido la influencia que colombianos peregrinos o transerrados han tenido en España. La historia de ese contacto empieza muy pronto y a lo grande, cuando ni Colombia ni España existían y todos hacíamos parte de una misma monarquía hispánica a punto de desmoronarse. En plena invasión napoleónica, con José Bonaparte al mando del Imperio español y el rey Fernando VII retenido en Bayona, un funcionario colonial nacido en Popayán, Joaquín de Mosquera y Figueroa (1748-1830), se embarcó hacia la península como delegado americano en la Junta Central que lideraba la resistencia española. Mosquera y Figueroa no pudo tomar posesión de su cargo y la Junta finalmente se disolvió, pero en 1812 las Cortes de Cádiz lo eligieron presidente de la institución que asumió las labores de Gobierno, el Consejo de Regencia. El payanés se convertía así en la máxima autoridad del mundo hispánico durante casi cinco meses, justo cuando otro grupo de españoles europeos y americanos redactaba la Constitución de Cádiz. A Mosquera y Figueroa, como máxima autoridad, le correspondió ratificarla el 19 de marzo de 1812, y por eso la más audaz apuesta por la modernización y el liberalismo, el canto de cisne de un fabuloso intento de reunir a «todos los españoles de ambos hemisferios» en una misma nación democrática, lleva la firma de un colombiano.

Tal vez no hubo ningún personaje nacido en alguna ciudad colombiana tan influyente y con tan alta dignidad en España como Mosquera y Figueroa, hasta que un siglo y medio después, exactamente en 1967, Gabriel García Márquez (1927-2014) se instaló en Barcelona. Si Mosquera y Figueroa fue casi el rey de España, no hay duda de que García Márquez reinó en el campo de la literatura, y que con su ayuda y la de Carmen Balcells y otros escritores del boom transformó a la Barcelona de los setenta en la ciudad literaria más seductora del mundo.

Entre uno y otro personaje, varios colombianos dejaron una impronta en España. Aunque nunca fijó su residencia allí, el bogotano José María Torres Caicedo (1830-1889) fue un hispanófilo convencido y uno de los primeros americanos que intentó recomponer los vínculos rotos desde las independencias. Así como amaba a España, desconfiaba de la «hipócrita aristocracia» de los sajones, y para enfrentarlos en el campo civilizatorio se propuso ligar el mundo hispánico con algo más grande y más fuerte que lograra hacerles frente. Rescató entonces una idea que ya estaba en Humboldt: que los pueblos españoles y portugueses de América pertenecían a la «raza latina», y amplió esa categoría para acoger a los países católicos y mediterráneos de Europa. (A él se le debe no la invención, pero sí la popularización del patrimonómico geográfico «América Latina»). Lejos de ser un gesto hispanófilo, fue un recordatorio de las contribuciones de España al mundo, y un acicate para que saliera de su letargo y postración. «Hubo un tiempo en que la raza latina, y entre las naciones de ese origen, la española», escribió Torres Caicedo en 1860, «fatigó a la fama con sus hechos, y produjo los más grandes actos que dan gloria y lustre a la historia moderna: expulsa al otomano, protege al Imperio germánico, los lusitanos trastornan el suelo de los perfumes, y los castellanos penetran en la tierra de los jóvenes hijos del sol»⁹.

Como ministro plenipotenciario de Colombia en Francia e Inglaterra, Torres Caicedo se empeñó en restablecer los vínculos diplomáticos con la península ibérica, y coincidió en este esfuerzo con el agente español José María Gutiérrez de Alba.

La hispanofilia que dejó sembrada Torres Caicedo arraigaría con mucha más fuerza en toda América en 1898, el año de la guerra

⁹ José María Torres Caicedo. *Mis ideas y principios*. Tomo primero. París: Imprenta Nueva, 1875, p. 184.

hispano-estadounidense y de la invasión imperial sajona en el Caribe. Un año después, durante esa luna de miel que se estableció entre América y España, sobre todo entre sus poetas, los versos del modernista bogotano José Asunción Silva empezaron a devorarse con fervor en España. «Esta poesía se lee de rodillas y descubierto», anotó Juan Ramón Jiménez al lado del poema «Nocturno III». Más abajo resumió su entusiasmo con una frase lapidaria: «Poesía única y milagrosa». La idea de la raza latina de Torres Caicedo y el interés en recuperar el vínculo fraterno y sanguíneo —la «sangre de Hispania» y «los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo» sobre los que poetizó Rubén Darío—, fue un elemento fundamental para el desembarco de la poesía latinoamericana en España y su recepción favorable entre la generación del 98.

Desde entonces, la lírica de la otra orilla ejercería una gran influencia en España, y no sólo a través del modernismo. En 1918, el chileno Vicente Huidobro llevó el virus de la vanguardia a Madrid, y su efecto fue tan contagioso que, poco después, los poetas españoles estaban lanzando el ultraísmo. A esta fiesta de innovación y ritmo vertiginoso se sumaron, en Barcelona, los colombianos Eduardo Carrasquilla Mallarino (1887-1956) y Gregorio Castañeda Aragón (1884-1960).

El primero fue contratado por la Casa Maucci para escribir *La Europa roja* (1920), un libro en el que describió las extravagantes maniobras de la prensa militar para ganarse el favor del público en los cines. En las afueras de París, presencié el rodaje de un supuesto ataque alemán que, lejos de reflejar la crudeza de la guerra, parecía una pantomima teatral antes que una representación realista en el naciente lenguaje de las cámaras. De hecho, *La Europa roja* puede considerarse una de las primeras denuncias sobre el uso de la propaganda con fines bélicos, una práctica ya extendida que se convertiría en un patrón de conducta durante los años de la Guerra Civil.

El segundo, por su parte, viajó a la Ciudad Condal en 1931 para publicar tres poemarios vanguardistas y uno de los primeros ensayos sobre la masacre de las bananeras de 1928, un episodio traumático de la historia colombiana que, años después, García Márquez convertiría en ficción en *Cien años de soledad*.

La lista anterior debe incluir también a Luis Eduardo Nieto Arteta (1913-1956). Nombrado canciller de Colombia en España por el presidente Alfonso López Pumarejo, Nieto Arteta se hizo, a los pocos días de llegar a Madrid, socio del Ateneo, el centro que reunía a las personalidades más destacadas de las ciencias, las artes y la política, y donde tenían lugar los debates intelectuales y políticos más relevantes del momento. Allí escuchó a los dirigentes de la República –Manuel Azaña, Indalecio Prieto y Largo Caballero–, a extranjeros vinculados con la cultura española y al renombrado jurista Rafael Altamira, quien estaba estrechamente vinculado a Colombia.

«Si el Ateneo –le escribió en una carta a su amigo Jaime Ramírez Hoyos– había sido el refugio de la intelectualidad liberal y democrática en lucha contra el absolutismo monárquico, hoy los papeles se han invertido y el Ateneo es el baluarte de la intelectualidad socialista en lucha contra la República burguesa»¹⁰.

Esa misma lucidez analítica la trasladó al ámbito político. Nieto celebró con entusiasmo la victoria del Frente Popular. «Te habrás enterado por la prensa –le escribió a su hermano Rafael– del formidable triunfo izquierdista. El Frente Popular antifascista ha triunfado en toda la línea». Sin embargo, a diferencia de los que auguraban un porvenir dorado a la izquierda, no se dejó arrastrar por el optimismo. «Si el Frente Popular ha triunfado –advirtió–,

¹⁰ Carta inédita a Jaime Ramírez Hoyos, Madrid, 31 de mayo de 1936.

ello no soluciona el problema del fascismo en España»¹¹. Palabras que resultarían tristemente proféticas.

Pasada la Segunda Guerra Mundial, dos colombianos participaron activamente en la fundación de dos editoriales españolas: Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005) y Eduardo Caballero Calderón (1910-1993). Gutiérrez Girardot era un universitario colombiano al que el Instituto de Cultura Hispánica le había concedido una beca para ampliar estudios en Madrid. En el verano de 1953, asistió a algunos cursos en la Universidad Menéndez Pelayo de Santander. Allí conoció a Francisco Pérez González (1926-2010) y entabló con él una relación de amistad que culminaría con la fundación de la editorial Taurus el 23 de mayo de 1955.

Ese mismo año, Caballero Calderón fundó la Editorial Guadarrama en compañía de Manuel Sanmiguel (1913-1988), un sacerdote secularizado y exdirector de la editorial Afrodisio Aguado. El propósito del nuevo sello era «dar a conocer en América libros españoles y presentar en España lo más florido de la literatura sudamericana». Por desgracia, aquel ambicioso plan de acción quedó reducido a la publicación de algunas obras colombianas en el catálogo y, por supuesto, de los libros que fuera terminando quien ya empezaba a ser una figura conocida dentro de la literatura de la península.

El periodismo también estableció un interesante canal entre los dos países gracias a dos amantes empedernidos de España, Antonio Caballero (1945-2021) y Daniel Samper Pizano (1945-). Caballero se vinculó desde sus inicios en 1971 a *Cambio 16*, la revista que quiso inventar una España democrática y moderna y que preparó el clima intelectual de la Transición, y Samper Pizano abrió una sucursal de *Cambio* en Colombia en 1993, a la que añadió

¹¹ Carta inédita a Rafael Antonio Nieto Arteta, Madrid, 24 de febrero de 1936.

Américas después de *16*. La ruta de ida y vuelta estaba abierta y por allí siguieron circulando colombianos y españoles, yendo y viniendo en viajes fecundos. Al menos en estos episodios políticos y culturales, la Constitución de Cádiz, el período modernista, la vanguardia, la fundación de editoriales, el boom y la aventura de *Cambio 16*, el encuentro entre América y España desempolvó las ideas políticas, los hábitos retóricos y las formas acartonadas de narrar o hacer periodismo. Abrió ciclos modernizadores, que además sintonizaron a España y a Colombia con el resto del mundo. Y dejan una pregunta obvia: ¿para cuándo más?

M. J. y C. G.

